

IVÁN ILLICH Y LA CONTRAPRODUCTIVIDAD DE LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES

EN UNA CONFERENCIA DE 1963, titulada *Esta era acientífica*, el notable físico Richard Feynman diagnosticó con lucidez, pese a la proliferación de artefactos tecnológicos, la casi ausencia de cultura científica en el mundo actual. Es decir, la mayoría de las personas no ha incorporado en su cosmovisión el modo científico de entender el mundo, o sea, un modo contrapuesto al dogmatismo y al principio de autoridad. La marcha mundial por la ciencia, realizada el pasado 22 de abril en unas 500 ciudades del planeta, confirma la ausencia de cultura científica. Dicha marcha tuvo como propósito defenderla contra los embates del capitalismo neoliberal, el cual ha llegado al punto de pasar por encima de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos, sobre todo en lo concerniente al cambio climático. De facto, una vez Donald Trump asumió como presidente el coloso del norte, la página de la Casa Blanca eliminó todo lo relativo al cambio climático y otros temas por el estilo. Así, dicho coloso cuenta hoy con una administración a la que la ciencia le crispera los nervios, al punto que defiende el creacionismo con uñas y dientes. En estas condiciones, afloran más las contradicciones de las sociedades industriales.

Tengamos en cuenta una verdad de Perogrullo: el mundo es inteligible, esto es, admite la posibilidad de entenderlo si pensamos a la manera



CARLOS EDUARDO SIERRA C.

científica, si no nos aterra el pensamiento crítico, si somos conscientes de que, en el oscurantismo actual que nos rodea, la ciencia es la única luz que tenemos. Naturalmente, una cosa bien distinta es la complejidad propia del mundo, por lo que conviene no confundirla con la imposibilidad de conocer. Esto lo tuvo claro quien ha sido considerado como el crítico más lúcido y penetrante de las contradicciones de las sociedades industriales: Iván Illich (1926-2002), teólogo y filósofo vienés radicado en Latinoamérica, a la que tanto amó; un genio de primer orden. Desde Cuernavaca, desplegó su actividad en el seno del Centro Intercultural de Documentación (CIDOC). De ahí salieron diversos documentos, como fruto de la labor investigativa correspondiente, adelantada con el máximo rigor. Al leer con detenimiento los libros y artículos de Illich, cabe identificar un gran motivo principal: la convivencialidad, esto es, la alternativa que concibió frente a la distopía inherente a las sociedades industriales en boga. Y, como parte del discurso respectivo, un concepto crucial para comprender mejor la crisis de las sociedades de marras: la contraproductividad.

Para entender qué es la contraproductividad, conviene tener en cuenta los sistemas que componen las sociedades industriales, como los de transporte, salud y educación, entre otros. En sistemas como estos, Illich definió la contraproductividad como la contradicción patente entre los fines declarados por

cada uno y sus resultados reales. En concreto, usamos los sistemas de transporte, se supone, para desplazarnos con más rapidez que si lo hacemos a pie o en bicicleta y, en cambio, se nos va el tiempo a causa de trancones; vamos a un hospital o una clínica para, se dice, recuperar la salud y, en contraste, podemos adquirir una enfermedad indeseada por obra y gracia de la iatrogenesis (literalmente, “provocada por el médico”), también llamada “efectos secundarios”; dedicamos largos años de nuestras vidas asistiendo a escuelas, colegios y universidades, se alega, para adquirir un gran conocimiento y sabiduría, lo cual contrasta con la dura realidad, puesto que, como se sabe de la historia misma de la educación, las personas adquieren la mayor parte del conocimiento por fuera de las instituciones escolarizadas. Y así por el estilo a propósito de otras instituciones modernas de servicio.

En general, la contraproductividad va de la mano con la emasculación de la autonomía humana: la escuela, al paralizar el libre aprendizaje; la energía, al inhibir la libertad para movernos con nuestros propios pies; la medicina, al hacer depender a los pacientes de instituciones y profesionales, frustrándoles la capacidad para sufrir, sanarse por sí mismos y morir; la economía, al estar desincrustada del tejido social y esclavizar a las personas en la producción del mercado y del consumo; la planificación de la vida, al tornar a los hombres en sujetos administrados desde la concepción hasta la muerte; los sistemas electrónicos modernos, al simular la aparición de entidades intrínsecamente desprovistas de carne. En suma, es una institucionalización concebida en tanto sometimiento al bien que nos quieren traer las instituciones que dicen cuidar nuestras vidas.

La contraproductividad destaca más al reparar en una de las paradojas de la economía que rige el mundo, o sea, la economía neoclásica. Se trata de la paradoja de Jevons, o efecto rebote, que se refleja en el hecho de que, pese a una pretendida disminución, en las últimas

décadas, de la cantidad de recursos naturales consumidos por punto del producto interno bruto, el consumo global no ha disminuido. En otras palabras, ha crecido el indicador conocido como huella ecológica, la cantidad de hectáreas de recursos que un ser humano promedio precisa para atender sus necesidades. Esto significa que la actual civilización precisaría, para sus necesidades, reales y creadas, si ello fuera posible, de los recursos de varios planetas. En la práctica, vemos el efecto rebote, entendido como el aumento del consumo merced a la reducción de los límites del uso de una tecnología, en situaciones frecuentes como las siguientes: satisfechos de haber mermado el consumo de energía al emplear lámparas de bajo voltaje, nos damos el gusto de un viaje al exterior que implicará un consumo de energía mucho mayor que todos nuestros ahorros; al usar un tren de alta velocidad, nos desplazamos a mayores distancias y más a menudo; al aislar mejor nuestra casa, se ahorra dinero y decidimos comprar un segundo automóvil; como las lámparas ahorradoras gastan menos electricidad, se dejan encendidas; como dizque internet desmaterializa el acceso a la información, se imprimen más y más documentos; aunque podemos enviar por correo electrónico una cuenta de cobro, la burocracia nos obliga a llevarla impresa a sus oficinas, aumentando así el dióxido de carbono, un gas de efecto invernadero, emitido al ambiente; etcétera.

En realidad, no debe sorprender el auge de soluciones de este tipo, energívoras como las que más y a tono con la crisis ecológica en curso, habida cuenta de que, como destaca Naomi Klein, la extrema derecha norteamericana ha impulsado tal crisis para imponer esa clase de soluciones. Para salir adelante con esto, esa extrema derecha ha barrido con las regulaciones y ha establecido un anarcocapitalismo acompañado por la privatización de todos los bienes y servicios. Es lo que Klein denomina capitalismo del desastre, que conoció un principio de aplicación en las políticas de austeridad introducidas en Estados Unidos y Europa desde la primavera

Resulta más adecuado referirse a Iván Illich como un pensador de las sociedades alternativas de corte convivencial, basadas en la recuperación de los ámbitos de comunidad y los valores de uso, una concepción que, de estar vivo, no desaprobaba William Morris en modo alguno, sobre todo porque ambos pensadores no desaprobaban el uso de la ciencia y la tecnología al engastarlas en sociedades respetuosas del ser humano y de la naturaleza.

de 2010. Y, en estas condiciones, la contraproduktividad de las sociedades industriales solo puede aumentar, por lo que resulta bastante comprensible la concepción de una civilización alternativa, de índole convivencial, respetuosa de la trama de la vida, o sea, biocéntrica, por parte de los llamados economistas del decrecimiento, inspirados, como bien cabe suponer, en el pensamiento y legado de Iván Illich.

Ahora bien, es menester aclarar que el diagnóstico de las contradicciones de las sociedades industriales no inició con Iván Illich y sus colegas y discípulos. De hecho, al revisar la historia del pensamiento político, se encuentran otros pensadores conspicuos a este respecto, como el poeta, artista y socialista británico William Morris, cuya poesía elogió Oscar Wilde. En lo esencial, Morris fue un renacentista en pleno auge del capitalismo industrial, un esteta refinado ante la vulgaridad de la producción en masa, un poeta atraído por ensañaciones medievales y antiguas sagas nórdicas, un diseñador textil de energía inagotable y un agitador social ferviente y convencido. Su punto de partida para superar la pedestre civilización industrial es la hermandad entre arte y trabajo, que identificó en el quehacer de los gremios de artesanos medievales, sobre todo del siglo xiv, hermandad que permitiría recobrar al ser humano su autonomía, una idea a buen tono con lo dicho, décadas más tarde, por el propio Iván Illich, quien también fue un notable medievalista.


Por supuesto, el término “contraproduktividad”, muy illicheano, no forma parte del discurso de Morris en tanto vocablo. No obstante, al leerlo con detenimiento, no cuesta trabajo percibir la esencia del mismo, como, por ejemplo, en el siguiente pasaje, en el cual Morris aborda la relación entre la guerra y el comercio:

Ante todo, intenten comprender que nuestro actual sistema se basa en un estado de guerra perpetuo. [...] La guerra o la competencia, como prefieran llamarla, significa en el mejor de los casos la persecución de la propia ventaja a costa del perjuicio de otros, y en este proceso nadie puede tener la certeza de no destruir ni siquiera sus propias pertenencias, si no quiere ser quien salga peor parado de la contienda. [...] Pero, no parece que sean ustedes tan conscientes de ese despilfarro de bienes cuando solo libran esa otra guerra llamada comercio. Observen, sin embargo, que el despilfarro es allí exactamente el mismo.

En suma, la contraproduktividad está de consuno con el despilfarro de bienes. Y, además, si volvemos con Illich, con la destrucción de valores de uso y ámbitos de comunidad, cuestión también tratada por Morris, como vemos en estas palabras: “Y tan largo alcance tiene esta maldición de la guerra comercial que ningún país está libre de su azote. Tradiciones de milenios se derrumban ante ella en menos de un mes; invade un país débil o semisalvaje y todo cuanto allí existe de idílico, placentero o artístico es pisoteado y hundido en un lodazal de sordidez y fealdad”.

A estas alturas, se puede entender mejor el mundo distópico de la era Trump. Con todo, hay una paradoja en relación con la toma del legado de Iván Illich, un pensador que no tenía filiación alguna expresa con la derecha ni con la izquierda. Empero, resulta preocupante que ciertas corrientes de izquierda pretenden presentar el pensamiento de Illich como parte de la misma. Nada más lejos de la realidad, máxime que Illich, ante todo, decantó sus agudos análisis para elucidar las contradicciones de las sociedades industriales, que las

hay tanto en el capitalismo como en el socialismo realmente existente, justo los hijos mellizos del paradigma baconiano de conquista de la naturaleza y el ser humano gracias al uso deliberado de la tecnociencia. Resulta más adecuado referirse a Iván Illich como un pensador de las sociedades alternativas de corte convivencial, basadas en la recuperación de los ámbitos de comunidad y los valores de uso, una concepción que, de estar vivo, no desaprobaba William Morris en modo alguno, sobre todo porque ambos pensadores no desaprobaban el uso de la ciencia y la tecnología al engastarlas en sociedades respetuosas del ser humano y de la naturaleza. A esto se lo conoce hoy como *science by people*, la ciencia hecha por la gente, no para la misma por unos expertos que ejercen un monopolio radical. En suma, una concepción utópica concreta y plausible.

En fin, resulta llamativo que el legado de Iván Illich, con una influencia mundial, haya surgido en Cuernavaca, lo cual constituye una contradicción en la historia de la ciencia en Latinoamérica, subcontinente que jamás conoció la herencia de la Ilustración y tan dado a imitar al Norte, en marcada contravía con lo aconsejado por José Ortega y Gasset: “Búsquese en el extranjero información, pero no modelo”. Y esta contradicción resalta más si recordamos que, durante buena parte de su historia, Latinoamérica no ha sido caldo de cultivo para utopías. 



Editorial Universidad de Antioquia®

40 poemas

Piedad Bonnett



Antología Personal

Maruja Vieira

Seis historias de Madrid

Darío Ruiz Gómez



Información:

Editorial Universidad de Antioquia
Teléfono: (4) 219 50 10
correo: editorial@udea.edu.co

Síguenos:  